

Imaginario genético

Gonzalo Casino

Periodista científico. Madrid (España)

Pocos temas de biomedicina han tenido mayor eco mediático en los últimos años que el del genoma, su secuenciación y sus posibles aplicaciones terapéuticas. La ceremonia de presentación pública del borrador completo del genoma humano, en junio de 2000, contó como oficiantes de lujo nada menos que con el presidente de Estados Unidos y el primer ministro del Reino Unido. Los continuos avances genéticos han sido difundidos hasta lo indecible en los medios de comunicación occidentales, que han desplegado todo tipo de habilidades y recursos divulgativos, con espectaculares infografías y un lenguaje no menos espectacular en el uso de metáforas. Recientemente se acaba de dar un redoble de tambor publicitario con motivo del cincuentenario del descubrimiento de la estructura en doble hélice del ADN, y más recientemente, el 15 de mayo, un grupo de investigadores sociales ha presentado un estudio sobre la evolución de los conocimientos genéticos del público en la última década. La comparación de los resultados de dos encuestas realizadas en 1990 y 2000 por el grupo de Eleanor Singer, del Institute for Social Research de la Universidad de Michigan (EE. UU.), ha venido a concluir que los adultos, al menos los estadounidenses, no saben más de genética ahora que en 1990. De las cinco afirmaciones planteadas para responder verdadero o falso, en 1990 la media de respuestas correctas fue de 2,7, mientras que en 2000, sólo de 1,9, un nivel de aciertos incluso inferior al que cabe esperar por el puro azar.

El estudio viene a constatar que algo está fallando en la divulgación genética. Así, por ejemplo, ante la afirmación «Las pruebas genéticas pueden usarse en los adultos para predecir si una persona tendrá un infarto», en 1990 un 55% de los 1006 encuestados respondieron correctamente que la sentencia era falsa, mientras que en 2000 sólo acertó el 24% de los 1824 encuestados. Por ahora ni hay ni se vislumbra en el horizonte próximo ninguna prueba genética que permita hacer un cribado del infarto en la población. Sin embargo, tres de cada cuatro estadounidenses ya lo creen posible. Ahora que empieza a hablarse de la posibilidad futura de desarrollar una vacuna preventiva del infarto, quién sabe cuantos ciudadanos darán pronto por hecho algo que todavía no es más que una incierta y remota posibilidad. La genética es quizá el ejemplo paradigmático de proliferación de expectativas infundadas, de aplicaciones posibles que se dan por hechas y, en definitiva, de imágenes irreales. El uso del lenguaje nunca es inocuo, y en la divulgación científica, la utilización de ciertas metáforas, como las que aluden a la «lectura» del libro de la vida y a la posibilidad de «reescribir» las frases «incorrectas», pueden inducir en el público una visión mecanicista y desvirtuada del genoma y las enfermedades. Y así, entre todos, genetistas y medios de comunicación, con el permiso del respetable, se va creando un imaginario genético en el que es difícil separar la realidad de la ficción.